

Ya vá el ejército en marcha.

De los fusiles el brillo:

El matiz de los plumeros,

De las banderas el viso:

El crujir de las cureñas:

De caballos el relincho:

El fragor de los clarines:

De tambores el sonido:

Van siguiendo el movimiento

Y contrastan el prolijo

Silencio de veteranos,

Que ajustan al artificio

Sus maniobras compasadas

Cual la táctica previno,

Y á la voz de capitanes

Espertos y endurecidos.

El valiente *Matamoros*:

Galeana esclarecido:

Bravo esforzado, *Montaños*:

Victoria, modelo viro

De intrepidez y constancia:

Teran, jóven favorito

De las ciencias: *Sesma* y otros

Cuyos nombres esculpidos

En la historia, pasarán

Hasta los remotos siglos,

Como de lustres patriotas

Y denodados caudillos.

—

Atravesando los valles

Las tropas y el tren lucido,

Jardin ambulante fingen

Con ramos de acero liupio:

Con azucenas de pluma,

De púrpura y oro lirios,

En calles de humanos troncos

Con simetría suspendidos;

Donde concertados sonen

Forman metálicos trinos,

Que al combate convidando

Convidan al regocijo.

Si del valle á las gargantas

Al través de precipicios,

Por entre escarpadas rocas,

O por anchurosos rios,

Desfilá rápida ó lenta

En mil lugares distintos

Aquella selva animada

Trazando líneas y giros,

Un agigantado boa

Se creyera ver al vivo,

Deslizarse cauteloso

Por buena presa atraído.

—

La marcha larga y penosa,

En el desierto camino,

Los soles abrasadores,

Las inclemencias del frío.

De conducir los cañones

Y el bagaje, el infinito

Trabajo, en el aspereza

Arrastrados de continuo,

Si los rostros y el acero

Dejaron ennegrecidos,

Si marchitaron las galas

Y bélicos atavíos,

Y por el hambre los cuerpos

Quedaron enflaquecidos,

De aquella legion gloriosa

Subió mas grados el brio.

—

Ya en las cumbres de *San Juan*

Del Rey, al fin reunido

Está el ejército. Absorto

Vé á sus pies el peregrino

Valle de Antequera, entonces

Sembrado de pueblos ricos

Por sus cosechas de *grana*,

Que la púrpura de *Tiro*

Supera, y rival no tiene.

Ambicioso el mundo antiguo

Como el oro demandaba

Un fruto tan exquisito;

Pero es *Oajaca* una joya

De estima y precio subido:

Y en su defensa el virrey

Allí mantuvo y previno

De soldados y cañones

Un número bien crecido.

Está de hierro erizada,

Y sus guardas requeridos.

—

El ejército acampaba

En los llanos estendidos

De *Viguera*, y entre tanto

De su llegada el aviso

Reciben en la ciudad

Los realistas sorprendidos;

Pero en su poder fiando

Y con un grueso escogido

De tropas, salió *Regules*,

Y á observar el campo vino;

Mas el coronel *Montaño*,

A su encuentro apercebido,

Con sus formidables lanzas

Tanto destrozó le hizo,

Que derrotado, deshecho,

A la ciudad pavorido

Huye en pos de sus trincheras:

Y á buscar en los ausilios

De sus hombres y resguardos,

Defensa y seguro asilo.

—

Dado del suceso parte,

Y despues de haberlo oido

Morelos, manda que formen

Los cuerpos. En su destino

Los gefes y capitanes,

Un redoble repetido

Por tres veces, de la *orden*

Del día, es el toque preciso.

El general la ha dictado

Con singular laconismo,

Con seguridad pasmosa,

Con acento decisivo:

“*A acuartelarse á Oajaca . . .*”

Es sólo su contenido,

Que oye el ejército y alza

De ardor y júbilo el grito.

ROMANCE 2º

LOS AMIGOS.

Los enlaces inocentes

Que se forman en la infancia,

O no se destruyen nunca,

O dejan memorias gratas;

Y cuando corrido el tiempo

Con estrella buena ó mala,

Recostramos el amigo,

De nuestra edad mas temprana,

Aquella amistad de niños

Sus privilegios reclama,

Y sin esfuerzos ni dudas

Los restituye y alcanza.

Mas á veces las pasiones

Que germinan en el alma,

Fructificando rencores

Todo vínculo quebrantan.

Ejemplo, Claudio y Enrique

De esta veleidat humana:

Que los unia la inocencia,

Y el interés los aparta;

Interés de una belleza

Que rivales obsequiaban:

De politica intereses

Que la discordia separa.

Y los que un solo deseo

En la niñez respiraban,

Despues el odio alimentan,

Respiran solo venganza.

—

A Enrique por sus riquezas

Y por sus prendas bizarras,

Lo estiman las caballeros

Y lo encarnecen las damas;

La hermosa Isabel reúne

Con el ingenio las gracias,

Y sensible á los obsequios,

A las amantes instancias

De D. Enrique, modesta

Su ardiente cariño paga.

Claudio en el pecho de celos

Un volcan ó infierno guarda.

Como su rival no tiene

Riqueza, apostura y galas;

Pero posee otros recursos;

Es ingenioso, y con mala

Se ha ingerido en los consejos;

Y del gefe de la plaza

Auditor y confidente,

Es de sus planes el alma.

—

De Isabel rondaba Enrique

Como amante, las ventanas

Al favor de las tintebias

Y al abrigo de la tapa,

Cuando vé á un hombre encubierto

Que de la esquina inmediata

A media voz le dejaba

—“Caballero, una palabra”

Y con precaucion lo sigue

A un extremo de la plaza:

El incógnito del rostro

El embozo separaba:

—“Yo soy Claudio, D. Enrique,

Le dice, no es cosa estraña

Que como rival ó amigo

Hace rato le aguardaba.”

—“No lo estraño, le contesta:

Pero campo de batalla

Mejor, debiera escogerse

Para cruzar las espadas.”

—“Esto prueba, le replica:

Y el venir aquí sin armas,

Que mi intencion es distinta,

¡Enrique, amigo te engaña

¡(Prosigue Claudio diciendo)

Una contienda villana;

No soy tu rival, renuncio

De grado mis esperanzas

Y pretensiones, si logro

Recobrar tu confianza

Como amigo: si lo dudas,

Sirvan de prueba esas cartas

Que sin prudencia escribiste,

(Y unos papeles mostraba)

Dando secretos avisos

Del estado de la plaza,

Si el comandante las viera, . . .

A fe que fuera muy mala

Tu suerte; pero he logrado

Del proceso segregarias. . .

El hecho me hace culpable:

Mas la amistad me forzaba;

Te quise salvar, Enrique. . .

Y hay en su acento y miradas

De verdad una espresion

Tan patente, y es tan clara

Que no puede negarse, que una injuria

Enrique se haria en dudarla:

Le echó los brazos al cuello.

Su voz la ternura embarga,

Lo estrecha, y los dos amigos

Por un breve rato callan;

Siguieron después las bodas
De D. Enrique: su casa
Don Claudio con mutuo agrado
Desde entonces frecuentaba.

Livida la tez de pena,
Las manos enclavijadas,
Hiriendo el pecho divino
Del dolor la dura daga.
Affligido el bello rostro
Que un cerco de luces bañan
Negro el manio que se pliega
Sobre la ténica blanca;

En su soledad la Virgen
Por diestro pincel trazada,
Ofrece un antiguo cuadro
Suspendido en una estancia,
Y cerca de él dos bujías
De cera, ardiendo. Postrada
Ante la imagen, se mira,
Una muger de tan alta
Beldad y de hechizo tanto,
Como de aflicción tan rara,
Que al emblema de lo hermoso
El del pesar igualaba,
Y mas pareciera al verla
En la angustia, y á la escasa
Claridad de las antorchas
Que oscilan, y sombras variadas
De los muebles y las telas
Difunden, mezclan y cambian,
Ser aquel cuadro un espejo
Que á la affligida retrata.
O bien que dejando el lienzo
Oscuro, la imagen sacra,
Cobra acción, descendiendo al suelo
Y nuevo llanto derrama.

Este duelo, este conflicto
De Isabel, se originaba
De una breve conferencia
Que habia tenido en la sala.
Don Claudio, segun costumbre,
Vino aquel dia á visitarla;
Pero inquieto, el embarazo
En su rostro se pintaba.
Isabel sin observarlo
Por su esposo le demanda;
Si hay noticias, le interroga.
—Si señores; pero malas.
Le contesta: el enemigo
A la ciudad amenaza.
—Yo pregunto por Enrique
Y el estado de la causa.”
—“Esta concluida y resuelto
Que en esta propia mañana....
—“Hable vd., D. Claudio, diga
Qué suerte á mi esposo aguarda.—

—“El comandante, señora,
Un escarmiento prepara
A los rebeldes, y ordena
Que si Morelos ataca,
A los presos sin demora
Se les pase por las armas:
Concede solo dos horas
Para esto, ó la retirada.—

—Pero Enrique.... En el proceso
Se complica, y unas cartas.
—Mas vd. de su inocencia
No ha mucho me aseguraba.—

Es cierto, ¿cómo pudiera
Isabel, desconsolarla?
Un solo arbitrio se encuentra:
Resta solo una esperanza,

“Consintiendo vd.—A todo;
Huiré con él.—Menos basta:
Si de mi amor, Isabel,
El fuego antiguo templara.
Un solo favor, en gozo
Se trocaria la desgracia.
Enrique al punto evadido
Con mi auxilio, y rechazada
La invasion, luego un indulto
Fácilmente se le alcanza.
Si la ciudad, al contrario,
Vencedor Morelos gana,
Con el influjo de Enrique
Mi perdón seguro se halla.
Él feliz, yo venturoso,
Y vd. á los dos nos salva.

—Malvado, dice Isabel,
He comprendido esa trama
Del infierno; delator,
Espía y verdugo, restaba
Esta injuria. Te abomino,
Y si he de pedirte gracia
Será que á tantas maldades
No el villano insulto añadas.”

Y torciéndose los brazos
Convulsiva, “Virgen Santa
De la Soledad! tu amparo
Dame,” con fervor esclama.

Vuelve después á D. Claudio
Una severa mirada
Que lo reprende, lo asusta,
Y los colores le saca.

—“Antes, le dice, la muerte;
Antes la viudez aciaga.
¡Hombre perverso! tu vista
Mas que la pena, me cansa.”

—Bien, señora: recobrando
Su disimulo y su audacia,
Saldré, D. Claudio contesta,
Y á efectuarlo se prepara.

Con ironía la saluda:
Al reloj la vista clava,

Lo consulta, y sonriendo

Con cierta espresion amarga,

—“Solo dos horas.... murmura,
Es corto plazo: mañana
O serás viuda paloma,
O está el milano en la jaula.”

Y calándose el sombrero,
Arrebozado en la capa,
Toma la puerta y al punto
Hasta la calle se planta.

Esta singular escena
Dentro la ciudad pasaba,
Mientras las huestes patriotas
Al ataque se preparan.

Ya los cañones Terán
Ha colocado á vanguardia:
Al fuerte contrario asesta
Ruinas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,
Jóven valiente, comanda,
La altura de San Lorenzo
A la bayoneta ganan.

Los dragones de Montañe
Arden por teñir sus lanzas;
Pero el fuerte que por nombre
De la Soledad, llevaba,

Dominando el campo, viente
Tanta copia de metralla,
Que largos surcos abriendo
En las filas destinadas

Al asalto, las detiene,
Las rompe, y ya vacilaban,
A pesar que en eshortarlas
Sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro
Un ancho foso guardaba
Con su elevadizo puente,
Que le da mucha ventaja.

Y porque al fin hombres eran
Los que resistiendo estaban,
Y no de acero, ni tienen
Mas que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha
Ya en el campo circulaba
Sinestro; pero un caudillo
Lleno de vergüenza y rabia

Detiene á los fugitivos,
Se pone al frente y les habla:
—“Ha del valor, compañeros
adelante, camaradas.”

Y dando él mismo el ejemplo
Ligero el foso se avanza,
Al traves de espesa niebla,
De humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan solo
Del ardor que lo acompaña,
La acción mayor ejecuta,
Que en fabulosa rayara.

A no declarar testigos
En gran número, esta hazaña,
Que de Victoria el renombre
Por ella le dió la fama.

“Cobardes, á los contrarios
Con voz de trueno gritaba,
Allá voy; para batiros
No he menester de las armas.”

Y siguiendo el movimiento
Mas veloz que la palabra,
A la otra orilla el acero
Arroja, y se tira al agua.

Lo imita al punto la tropa;
El enemigo se pasmara:
Huye con pavor. El puente
Rápido y crujiendo baja.

En un tostado alazan,
Crin espesa y prolongada,
Cuello alivo, corta oreja,
Breve la cabeza y alta,

Ojo ardiente, fuerte el pecho,
Vientre leve, llena el anca,
Estrecho y sonoro casco,
Cañilla enjuta y delgada,

Con fuego el aliento arroja,
El freno con fuerza tasca,
Copos de espuma esparciendo
Que el cuerpo y arneses baña.

Matamoros, el invicto
(Segundo en jefe) cabalga,
Recorre veloz el campo:
Ligero en las filas pasa.

Todo lo ve, lo dirige,
Aquí amonesta, allí alaba:
Y donde el mayor riesgo,
Allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos
Ordenes dictando claras,
Con un sosiego que hiera,
Con una frialdad que espanta,

Tranquilamente un tabaco,
Como de habitud fumaba;
Y si el enemigo bronca
De su lado le arrebatara

Un edecan, que de sangre
Su propio vestido mancha,
Al rumbo do sale el tiro
Con desden los ojos alza.

En todas partes la hucha
Está con ardor trabada:
En todas el plomo silba,
Las voces en todas claman.
Suena el clarín, suena el parche,
Las bayonetas y lanzas
Se cruzan, y el bronco ardiendo
Entre relámpagos brama.

Pero corre el tiempo. Un ruido
Sordo y confuso se alcanza
A escuchar: tambien de lejos
Se vé una nube inflamada.
Señal que sigue el combate
Y que en la ciudad batalla
Disputando, el enemigo,
El terreno en retirada.

Ante la imagen divina
Isabel arrodillada,
Vertiendo llanto copioso,
Eleva ardiente plegaria.

Lo que D. Claudio le dijo
Con mas atencion repasa,
Y de su Enrique el suplicio
De los ojos no se aparta.

Las cárceles y conrentos
Muchos presos encerraban,
Y está de muerte contra ellos
La sentencia promuevada.

Ella lo sabe y ha oido
Voces, ruidos de armas,
El tropel de los caballos,
El toque de generala.

Oye tambien dar la hora;
De improviso una descarga....
Y otra mas.... "Virgen piadosa,
Dice, tu favor le valga."

Y alzando juntas las manos
A la Imágen Soberana,
Inclina despues el rostro,
Y se queda como estatua.

— "Isabel!" fuerte una voz
Oye de cerca nombrarla,
Y súbita á la aflicida
La ciñe una sombra humana
Mas que un hombre. Su cabello
Luengo y en desórden vaga:
Enjuto, amarillo el rostro,
Crecida al pecho la barba.
Y destrozadas las ropas,
Como el que en prision muy larga
Ha vivido, y de improviso
Los calabozos quebranta.

Lo ve Isabel, se estremecer:
Con fuerza pugnar se arranca,
Huye, corre, se imagina
Que la sigue una fantasma.

— "Yo soy, Isabel, tu esposo,
Yo soy Enrique." La llama:
Ella lo oye y reconoce,
Vuela, y amante lo abraza.

Quedó cumplida la órden
De acuartelarse en Oajaca;
Sus defensores rendidos

Se humillan, y obtienen gracia.

Los calabozos se abrieron,
Entre vivas y alabanzas;
El obispo y sus guerreros
Repicaron las campanas.

Jalapa Agosto 16 de 1844.—José de Jesus
DIAZ.

OBSERVACION METEOROLOGICA.

La situacion de México sobre un fango, y su inmediatecion á las lagunas, parece deberian ser causas muy activas para humedecer el aire que respiramos. Con fundamento han pensado los que han reputado el temperamento por húmedo; mas la observacion desvanece semejante idea. La azúcar que se vende en la ciudad se apila en piezas bajas, y no obstante no aumenta de peso, mas bien disminuye, por lo que á los encomenderos se les abona cierta cantidad por la merma. La sal de comer no se humedece en tiempo de seca: la sal de tártraro espuesta al aire no se líquida sino en tiempo de lluvias: los muebles que se fabrican en la Habana, trasportados á México, se rajan, y vemos que las vigas de los techos y demas maderaje en tiempo seco crujen: todo esto bien considerado demuestra la sequedad del aire.

Para determinar el estado verdadero de nuestra atmósfera, se construyeron hidrómetros comparables, los que se graduaron, determinados con exactitud los dos puntos de mayor sequedad posible y de humedad: el espacio intermedio se dividió en cien partes, y se observó en todo el mes de Diciembre pasado (1788) en el que se esperimentaron las fuertes heladas, señalaban de 25 á 30 gr. esto es, 25 ó 30 partes de agua que contenia el aire. En estos últimos dias han variado desde 30 á 48, y el 20 de Febrero á las seis de la mañana se hallaban en 37 grs. En 2 del presente mes subió á 18, que es la mayor sequedad que se ha observado: en el dia 5 denotaba 42; y entre estos dos términos ha sido su variacion hasta mediado el mes, continuadas las observaciones. Estos instrumentos demuestran con fidelidad el verdadero estado del aire, y el ningun influjo que tienen las aguas de la laguna, lo que se comprueba con esta otra observacion. Conduje á Tierra-caliente uno de los hidrómetros, encargando aquí á un sugeto hábil me llevase un diario de lo que observaba en el otro: caminé por tierras muy resacas, y restituido á la ciudad, ví que con cortas diferencias ambos hidrómetros siguieron la misma marcha. El temperamento de México, pues, no es húmedo, como comunmente se cree.—

ALZATE.
(Tomado de la Gaceta de 1º de Marzo de 1789.)

TRAGES Y COSTUMBRES NACIONALES.

EL AGUADOR DE VERACRUZ. (*)

"Es lo es como el oficio del aguador, que al primer viaje se aprende."



El Aguador en Veracruz.

¿Es cierta esta asercion? Creo que no: tan vaga es como repetida; y si se examina lo que constituye el oficio, se verá que no se halla limitado á llenar los barriles y vaciarlos en la tinaja, sino que le son anecos otros. El aguador ha de procurar, primeramente, los arneses y el asno, y despues el alojamiento de éste, cómodo y seco: por eso generalmente lo tiene en su propia habitacion; es decir, asocia en su vida al que es el eje principal para ganar el sustento; muy al revés del método comun en carboneros y leñeros, para quienes el palo y la cuarta, sustituyen á la comida del animal, que trabaja hasta morir. Una vez alojado el compañero, se le acomoda un aparejo ligero y seguro, que ha de saberse remendar, vaciar y llenar cuando se ofrece, como un talabartero: unas angarillas de madera que han de saberse reforzar con hierros, cuando son algo viejas, que han de nivelarse y ajustarse al tamaño del asno y del aparejo: cuatro barriles que tengan igual caída, y (á guisa de muchos prógimos) apariencia de grandes, siendo pequeños, para engañar al incauto: tambien éstos (los barriles) han de saberse nivelar, equilibrar y remendar en ciertos casos, porque la economía es virtud que conoce un aguador, mas que algun pais que yo me sé. Hé ahí asociados los oficios de talabartero, herrero, carpintero, tonelero, con su algo de mecánica, en cuanto á nivelaciones y equilibrios: listo el animalito, se le coloca un almorzón, cabezon ó freno, segun su viveza; se le cuelga al cuello su campanilla sonora, y argentina, como que es de la que está pendiente el oido del que necesita agua, para saber que se acerca el aguador: un látigo á la cintura, como el baston con borlas que denota la facultad ó autoridad, no porque necesite de él, pues el burro es tan ligero y brioso, tan gallardo y bien cortado, que habria causado envidia al mismo gobernador de la Barataria; sino para contener al pacifico y prudente, que deja de serlo cuando á lo lejos veuta alguna hembra, con quien le ligam mas fuertes simpatías que con su amo, al que abandona por ella, como el hombre

á sus padres; y en la demanda deja por el suelo barriles, angarillas, y suele deshacerse hasta del aparejo, sin reparar en gentes ni en obstáculos, que atropella cantando la marcha nacional, hasta aproximarse al objeto deseado. El aguador ha de ser aseado en su vestido, para no causar disgusto á sus parroquianos, que quieren juzgar por el exterior del hombre; lo que hay en el interior de los barriles; como si las fuentes no sirvieran para lavar manos sucias, de beberlo á los caballos, y hasta para fuciosos baños de varias gentes. Ha de ser exacto para conservar la casa, intrigante para deslojar al compañero y adquirir nuevos parroquianos, sin que lo advierta aquel: ha de ser diligente para ofrecerse á limpiar el baño, y congraciarse con la trasteadora; ha de hacerle algun mandado á la cocinera; ha de ser comedido delante de los amos, afable con los niños, y galante con los criados, para mantener su reputacion y medrar: ha de enseñar las voces de la táctica al burro: *vira, ponte, vuella, alza, cambia, párate*, para que bien instruido pueda caminar con libertad: éste siempre á la vera de la banqueta, menos cuando ha de reconocerse una camarada, y aquel por la misma acera, para requerir el paso á las *bellezas* y escuchar si alguno llama. Una vez acreditada probidad, y cimentado el crédito en cada casa, el aguador puede contar con el producido de los traslados de muebles de las criadas: es el que acomoda la trasteadora, el que informa de las colocaciones vacantes, sus conveniencias y el carácter de los amos, llegando á ser miembro honorario de todas las casas, sin domicilio en ninguna; es el despiadado cirujano á quien se encomiendan ciertas operaciones con el gato, y que las ejecuta con la mayor sangre fria, siendo su vistura una navaja, que afila en el canto del metaite, y sus bálsamos ceniza caliente que aplica á la herida, aunque el paciente ponga los gritos en el cielo, espeluzne el rabo y use de las uñas. ¡Cuántas veces han sido los aguadores el confidente ¡oh jóvenes! y el ministro ejecutor de vuestras órdenes! ¡Cuántas veces aca-

(*) Así esta estampa como la del Jarochero, estaban destinadas para el periódico titulado: el "Veracruzano," que habiendo terminado, tuvieron la bondad de cedernos los EE. Aprovechamos esta oportunidad para manifestar el sentimiento que nos ha causado el que no continúe una publicacion tan interesante, y en la que brillaban los talentos de esa inteligente y estudiosa juventud de Veracruz. El artículo es de D. Angel Velez, y hemos preferido copiarlo á hacer otro, que sin duda no podria tener el mérito del presente.—RR. del Museo.

bando de inhabilitar al gato para andar en clamoreos por los tejados, favorece vuestros devaneos, conduciendo un billete amoroso, burlando la vigilancia del tutor, la madre, ó el marido? Para esto es necesario talento, y el hombre de esta carrera en quien han de hallarse reunidas tantas circunstancias, no se improvisa, y por consecuencia es falso que el oficio del agudador al primer viaje se aprende: menos cierto es en otros lugares fuera de Veracruz, en donde usan vasijas de barro de cierta figura particular, que llegan á perderla en fuerza de remiendos que le pone el económico agudador, como pudiera hacerlo á su chaqueta.

¡Fuego! Las campanas dejan oír su funesto sonido: corre el militar á su cuartel, salen los asustadizos al balcon, y los curiosos á la calle, suenan el pito los serenos; todos preguntan: el lugar del conflicto; las autoridades se dirigen al punto que les indican, y antes que albañiles ni guardias de prevención, ni autoridades, ni bombas lleguen al lugar del incendio, ya están allí formados en batalla los agudadores y sus burros: ya ofrecen su eficaz cooperacion para apagarlo, y no pocas veces reciben por recompensa un culatazo, ó una rotura de cabeza con el mueble que baja por la ventana á estrellarse en los guijarros para salvarse de las llamas, resultando aquello de que, dé el cántaro con la piedra, ó la piedra con el cántaro, mal para el cántaro.

El agudador en Veracruz es persona de importancia: provee las tinajas con el agua de los algebres, llena las vasijas de la cocina con la de la fuente, y nos proporciona en el baño un placer, aquí mas grato y necesario que en otras partes. Mesurado, prudente y obsequioso, trabaja sin descanso, y su compañero inseparable solo disfruta las vacaciones del jueves y viernes santo, para presentarse engalanado el sábado al repicar la gloria; ostenta entónces orgulloso el tapajos con espejos, sonidos lazos de seda y gasa adoran su cuello y cola, encubriendo las orejas bajo el penacho, como bajo la borla ciertas gentes; relucen la plata y el oro en sus pulidos pies, y sobre el lomo, entre los barriles, fijada la asta, ondea el pabellon nacional, ó la bandera caprichosa que improvisó la señora agudadora, que tambien lo mimó porque ha de ser su palafren, los próximos domingos, para concurrir al sarao de Vergara, y porque en las insurrecciones del catalan ó cognac con que se hace salir las humedades el agudador, divide entre su consorte y el burro los agasajos de la cuartera, y bailan á compás con una gracia encantadora. . . . Esta parte del oficio del agudador, es la que mas pronto se aprende, y la que no carece de imitadores, hasta entre los que no son del regimio.

Veracruz, Marzo de 1844.—V.

DISCURSO SOBRE LA AURORA BOREAL QUE SE VIÓ EN MÉXICO EL DIA 14 DE NOVIEMBRE DE 1789, CONFORME SE PUBLICÓ EN LA GACETA EL DIA 19 DE DICIEMBRE DEL MISMO AÑO.

Un fenómeno que pocas veces acontece en regiones de corta latitud, como es México, puso en la mayor consternacion á toda la ciudad la noche del dia 14 del pasado Noviembre. Comovida la gente al ver iluminada una gran parte de nuestro hemisferio por el lado del Norte, no hacia sino dar voces por las calles, esperando por instantes morir abrasada entre las llamas que le figuraba su temor. Esta luz (que no es otra cosa que una aurora boreal, observada frecuentemente en muchos lugares septentrionales de la Europa) comenzó á aparecer, segun se ha podido averiguar, á las siete y media, tomando su principio por el rumbo de N. E. detras de los cerros de la Villa de Ntra. Sra. de Guadalupe, por unos rayos blanquizcos en forma de escoba, que se fueron estendiendo poco á poco, y cargando hácia el Norte y Nordeste, hasta las ocho y media, en que parece haber sido su mayor incremento. A esta hora se veía en el horizonte la luz, que formaba la base de un color entre rojo y amarillo, de cuyos extremos se percibia una porcion de circunferencia mas iluminada que el resto del segmento de círculo que representaba de color rosado oscuro por un humo denso con que parecia estar mezclada la luz. Quedaron enteramente cubiertas con este humo colorado, á mas de las estrellas del cuello del Cañello, y de las pierns de Cepheo, la Polar, y demas de la Osa menor, hasta las ocho y 50 minutos en que empezó á descubrirse la Polar, quedando á las demas ocultas. A los 58 minutos apareció Beta, é inmediatamente Gamma; desvaneciéndose del todo el fenómeno 13 minutos despues de las nueve, en que se descubrió Zeta con toda su claridad.

Las circunstancias de haberse visto esta luz en figura circular: la altura en que se manifestó, superior á las mas elevadas nubes: el haber comenzado despues de dos horas de puesto el sol, en un tiempo sereno, y limpio el cielo; y la inclinacion que tuvo hácia el Occidente, no dan lugar á dudar haber sido esta una aurora boreal semejante á otras muchas que se han observado en Europa. La misma luz se vió en la Villa de Ntra. Sra. de Guadalupe, una legua al Norte de esta ciudad, y en San Juan Teotihuacan, distante de ella siete leguas al mismo rumbo; pero tan corta y debilitada, que no mereció la atencion de sus vecinos; antes bien se sorprendieron los de Ntra. Sra. de Guadalupe, al ver entrar en aquella villa en tropas la gente que iba huyendo de México.

CIENCIAS POLÍTICAS.

HACIENDA de San Juan de Dios, Julio 26 de 1844.—Poco tiempo ha que recibí de Europa un folleto titulado: Misterios de la Rusia, escrito en este año por Marcos Fournier, y publicado en Bruselas. Me resolví desde luego á traducir este opúsculo y darlo á luz en el Museo, porque contiene noticias sumamente curiosas de la situacion política, no solo de Rusia, sino tambien de la Alemania, y de una parte del Mediodía de Europa. Abunda igualmente en hechos históricos poco conocidos, y en divertidas é interesantes anécdotas, de los personajes que mas han influido en la suerte de ese imperio, que es un coloso amenazante asentado en el Norte.

Siempre he creído muy conveniente que se frecuente la lectura de los escritos políticos, por nuestra juventud estudiosa, y que ella se acostumbre á ver como se tratan las cuestiones de estado, que están identificadas con la existencia y conservacion de las naciones. En la obra de Mr. Fournier, se manifiestan grandes conocimientos de la política europea, se revelan las miras mas ocultas de los gabinetes, se controvierten los intereses de las potencias rivales, y se considera el estado moral de muchos pueblos, de los cuales, hasta la nomenclatura nos coge de nuevo. El filósofo, el historiador, el político, encontrarán materia abundante para sus investigaciones; y el que leyere por mera curiosidad, no quedará descontento.

Yo recomiendo á mis compatriotas, que observen en este escrito las prácticas de corrupcion que se hallan establecidas en esas monarquías, que no son censuradas como merecen serlo, por Chevallier, por Lowenstern, y por muchos otros que se ocupan con tanta injusticia como acrimonia, de nuestra situacion social y moral. Advertan tambien, que la anarquía domina á veces en esos viejos establecimientos monárquicos, para que así tengan en conocimiento de que el desorden no es el patrimonio esclusivo de las repúblicas, como se ha pretendido; y que en ciertas sociedades llamadas cultas, se han reproducido vergonzosas y sangrientas escenas, que felizmente no han deshonrado hasta ahora, las páginas de nuestra naciente historia.

Muy útil es apoderarse de los pocos escritos imparciales que se publican en Europa, acerca de su estado presente, porque ellos son nuestra mejor defensa, y la respuesta concluyente á todos esos detractores apasionados que nos insultan y humillan, creyendo que ignoramos las costumbres semi-bárbaras, que aun degradan á algunos pueblos de Europa. No ha sido otro mi objeto, al tomarme el pequeño trabajo de traducir una produccion, en que se pintan con tanta naturalidad como viveza, los caracteres de algunas de las naciones mas poderosas del mundo. Si logro mi objeto, esta es mi recompensa.

Sosé Maria Ternet.

LOS MISTERIOS DE LA RUSIA.

RUSIA, ALEMANIA Y FRANCIA.

O sean, revelaciones sobre la política rusa, conforme a los apuntes de un antiguo diplomático, por Marcos Fourrier.

I.

¿Existe algún interés por la Rusia?—La Rusia declina de la Europa.—La Rusia y la Inglaterra.—Verdadero sentido de la caída de Varsovia.—Es un hecho consumado la destrucción de la Polonia?—La Polonia y el porvenir.

Mas todavía sobre la Rusia. Ha llegado á ser en efecto esta potencia en los últimos tiempos, la materia de muchos escritos, el blanco de un gran número de ataques, el tema de muchos diatribos, en una palabra, el origen de preocupaciones generales. ¿Por qué sucede todo esto? El lector, que se tome la pena de recorrer estas líneas, hará muy bien en desembarazarse de todo juego de semejante error. No hay tal interés por la Rusia. Ella en ninguna parte inspira simpatías; pero en todos los puntos de Europa causa temores: sean justos ó quiméricos, ellos existen; aunque quieran ponerse en duda, se saldrá pronto de la vacilación. Todo el mundo se ocupa de la Rusia, no porque se la admire, sino porque inquieta, y no hay otra cosa. Fama singular. ¿Se fijan los ojos sobre ella, como sobre una marca de barbarie, que salta, y llega á batir sordamente en brecha, los muros avanzados de la civilización. Esta marca ha sumergido ya á la Polonia. ¿Dónde se detendrá ella? Tal es la cuestión que abraza en sí sola, la inquietud de los espíritus mas fríos, y el odio de los mas escaldados; que basta para explicar todas las imposiciones, apasionadas ó pagadas, que inundan á toda la Europa, y cuya importancia justificará acaso la audacia que nos ha decidido á dar publicidad á tan grandes cosas, en un escrito tan pequeño.

Ya comienza á creerse que la Europa central, es decir, el foco natural de todas las luces, tiene dos colosos que temer, San Petersburgo y San James. Si no se contiene á aquel, puede apoderarse del imperio de la tierra; si no se contiene á éste, se hará el dueño de los mares. La Rusia, se agrega, es el odio encarnado del progreso, y la Inglaterra el amor desenfrenado del oro; la una estingue, la otra abate. Así que

no siendo todo esto mas que destrucción y tinieblas, no puede resultar mas que el caos.

No es necesario escogerar: mas reduciendo á su justa medida estas amenazantes hipótesis, nosotros diremos, que de ninguna manera basta escribir bellos discursos y libros sobre el peligro, sino que es preciso señalar tambien el remedio. Mucho tiempo ha, que se señala como objeto de la desconfianza del mundo, el Czar y á la Inglaterra, y hasta ahora, ninguno ha dicho, ninguno ha hecho cosa de importancia, contra un sistema de alianza que remata la Francia á la Inglaterra, y la Alemania á la Rusia. Se lanzan quejas y se aguarda, se forman acusaciones y se deja obrar: todo esto no es muy lógico. Era mejor, acaso, contar con un hombre de estado de mas, y algunos oradores de menos. No son los abogados los que ganan comunmente las grandes causas nacionales.

Sobre la Polonia se dicen cosas muy espantosas: ella es, se asegura, la Irlanda de la Rusia; así como la Irlanda es la Polonia de Inglaterra. Entretanto, se deja que la Inglaterra pierda su proceso en el banco de la reina; y por lo que toca á la Polonia, se encierran estrechamente en la filosofía moderna de los hechos consumados. La caída de Varsovia fué no obstante, una calamidad europea. No solamente los intereses morales de las sociedades fueron lastimados por esta caída, sino que tambien el derecho político, ese guardian de las naciones, recibió una herida peligrosa. Los tratados fueron violados, y en una época de derecho escrito, no hay desgracia mas irreparable, que el desprecio impune de los tratados. ¿Qué cosa es, sino barbarie, lo que se hace sin derecho? Esto es necesario repetirlo incesantemente, porque no puede concebirse prescripción para un atentado social. La subversion y no el orden, es lo que reina en Varsovia (1). Llamais hecho

(1) La nacionalidad polaca ha sido consagrada por los tratados, y Nicolas la ha arrancado de raíz. Estas son verdades constantes que ya no se dicen por haberlas repetido tanto. Mas lo que no puede dejar de mencionarse es,

consumado á una reaccion funesta, á una protesta violenta contra el congreso de Viena, en el cual, la caída de la Polonia no ha sido en verdad mas que el primer bosquejo. Llamais hecho consumado al primer acto de una tragedia,

que la prensa alemana, aun la de los países en que la censura se ejerce con la mayor rigidez, se alza poco á poco contra la mano de hierro que pesa sobre la Polonia. Los escritos pagados por el Czar, han llamado cuentos azules de fábrica de la imaginación francesa, á las crueldades ejercidas por los rusos, sobre los vencidos del Vistula; escuchemos á la Gaceta universal de Alemania, que se publica en Leipsik, y se verá que los tales cuentos, son demasiado verdaderos.

Berlin, 25 de Enero.—Lo que se nos representa con una audacia y con una seguridad increíbles, como otras tantas invenciones francesas, se confirma y mucho mas. Poseemos, en fin, el horrible escenario del drama que se representa en Polonia. La opresion mas terrible que jamas ha pesado sobre un pueblo, esta es la tragedia en dos palabras. Se decía, y no se queria creer. Se ha visto á los pobres jóvenes de Polonia, cargados de cadenas, conducidos como si pertenecieran á las galeras, atravesando á la Polonia en bandas numerosas, y arrastrados casi espirando de fatiga hasta el interior de la Rusia. Así han atravesado los llanuras de la Podolia, alejándose de sus familias y de su patria, con dirección á los establecimientos militares del imperio.

La política rusa con relacion á la Polonia, se halla trazada en estos renglones. Así es como se pretende dar muerte en lo futuro á la nacionalidad polaca, cortar los tiernos pimpinos y esterminar hasta las últimas raíces. Para conseguirlo se emplea la fuerza abierta, la corrupción, la mas vergonzosa de todas las corrupciones, la de las costumbres, y no hay arma que no se emplee contra el elemento polaco. Se pretende arruinar este pueblo, tanto en su alma, como en su cuerpo. A la alma se le combate en su esencia; á la alma se le persigue en su propiedad mas santa, la religion y la moral. Al cuerpo se le arranca las entrañas, arrebatando de los pechos de sus madres á los tiernos niños de la Polonia, para someterlos por la disciplina militar, es decir, el knout, á las costumbres rusas, á las preocupaciones rusas, á las ideas y á las creencias rusas. Esto se llama rusomanizar la Polonia. Se compondrían dos volúmenes refiriendo las pequeñeces á veces grotescas á que se entrega la censura que preside á la educación de los estados polacos, sometidos á la Rusia.

cuyo desenlace será vuestra ruina. Ya se dice que Mr. de Metternich no dista mucho de ser tan filósofo como nosotros; él comienza á creer que puede haberse cometido una falta inmensa, y con él, la Alemania entera prevé la hora en

En una fábula de las mas inocentes, titulada El Gallo, ella borra la palabra tirano que se encuentra en ella sin malicia. Ni uno solo de los periódicos los menos inofensivos, aun de Alemania, deja de estar cubierto de la seda negra que emplea la censura moscovita, tan presto como puede estender su influencia, mas allá de la Polonia rusa. La brocha tambien se emplea en los periódicos que no tratan de política. La palabra wolnost significa en el idioma polaco libertad, y esta palabra se borrará en frases proverbiales como la siguiente: este hombre tiene mucho de libertad en su modo de andar. En lugar de libertad, el censor prevendrá que se use de la palabra agilidad. Al tiempo mismo que se destruye entre los polacos, hasta la memoria de los conceptos que representan una idea noble y generosa, se les inculcan otros propios para depravar su corazón. Se permitirá, por ejemplo, todo lo que tienda á herir, á poner en ridículo los puntos fundamentales de la doctrina católica; todo lo que presenta á la imaginación imágenes lascivas, triviales y bajamente sensuales. Están proscriptas las palabras que elevan al alma, y la protegen; pero se tolera, se provoca todo lo que la envilece y la enerva. Las novelas de los gabinetes de lectura, los libros para el uso del pueblo, no son mas que un conjunto de vulgaridades y de porquerías. Todas esas obras no son mas que un veneno organizado. La nacion está literalmente en cadenas, guardada en todas las salidas por carceleros rusos. Los gefes superiores del ejército son oficiales rusos, los censores son coroneles rusos que horran cuanto quieren en los escritos, espiando los mismos á castigos muy severos si no lo verifican. Los paisanos que rehusan servir en el interior de la Rusia, son acusados, cazados y capturados como bestias feroces. La recluta se hace en el inferno, y los reemplazos tienen que hacer marchas de cien leguas, por caminos en que estos rebaños humanos dejan montones de moribundos medio desnudos. Todo esto es verdadero, exactamente verdadero en este cuadro. Hemos sido referir estos horrores espantosos á viajeros dignos de crédito, y en Berlin mismo, algunos generales prusianos, que han mandado en Posem, sobre la frontera rusa, no se detienen para referir los peyoriores mas circunstanciados sobre este sistema de crueldades matemáticas aplicado á la Polonia.

que esta cuestion polaca se someta á fuerza á la consideracion de un congreso. Si, la Europa central ha llegado á comprender la necesidad de una reconstruccion sólida de esa nacionalidad destruida. Este pensamiento se infiltra por todas partes, aun en los gabinetes en quienes la revolucion de Polonia no habia inspirado mas que desconfianza ó aversion. Tal vez en Berlín y en Viena, se retrocede delante de ciertas consideraciones de tradicion ó de familia; pero el espíritu público se pronuncia, se rebaja cada día mas y mas la influencia del partido ruso, y la civilizacion se inquieta, desde que por la caida de la Prusia, se ve cara á cara con el absolutismo. El día no puede tardar, dicen los alemanes, en que la existencia de la nacionalidad germánica, se ligará forzosamente á la restauracion polaca, y en ese día será necesario negociar, porque en el siguiente, lo será el combatir. Hé aquí lo que se dice mas allá del Rhin, mientras que mas acá nos dormimos en paz, descansando sobre el hecho consumado.

II.

Maquiavelo y la Rusia.—Declaracion del autor con relacion al gabinete de M. de Metternich, y el palacio de Sans-Souci.

No somos ciertamente partidarios de las ideas caballerescas, en materias políticas. Combatir galantemente, y con las armas de la cortesía á un enemigo como la Rusia, que llena nuestras ciudades de espías; á nuestros congresos con sus maniobras; á nuestros fastos, de violaciones vergonzosas; que destroza el suelo civilizado de la Polonia, para sembrar en él su tiranía; que responde con balazos á la letra jurada de los tratados; que no oculta ni su odio para con la libertad de los pueblos, ni su soberbio desprecio para con el régimen de las leyes; sería en nuestra opinion un exceso de grandeza de alma muy fuera de propósito. Lo mas corto es lo mejor, esto es, herir con todas las manos y con todas las armas. No hay mas que un libro que consultas para hacer la guerra á los tiranos, y este es Maquiavelo, y Maquiavelo os dirá:

“Dad á conocer las enfermedades internas de la Rusia para agravarlas.

“Penetrad cuáles son sus embarazos, para aumentarlos; sus miserias para redoblarlas; sus debilidades para eternizarlas.

“En el exterior, adivinadas las desconfianzas que se tienen de ella, escuchad como nacen las quejas, estad en todas partes al mismo tiempo, para mantener estas disposiciones y fecundarlas; aislada la Rusia, quitadle sus alianzas; suscitadle enemigos.”

Hé aquí lo que enseñaría Maquiavelo, y en ciertas circunstancias, la política de nuestros

padres no debe desdenarse. La Rusia nutre en su seno ciertos principios enfermizos, que constituyen su debilidad, y que harían nuestra fuerza, si quisieramos estudiarlos y procuráramos perpetuarlos. Mas no es bastante estar repitiendo que el coloso tiene piés de barro, porque es conveniente saber, que este barro pudiera convertirse en granito, si la descomposicion de la basa no pasa prontamente al corazon. El estudio patológico de la Rusia, es pues un estudio provechoso, y que debe servir en la ocacion presente. Nosotros queremos trazar los rudimentos. Se verá por este simple compendio, que la potencia moscovita tiene no solamente gérmenes de muerte en las entrañas, sino tambien causas de debilidad y de ruina que la rodean por fuera, y le preparan grandes tormentos. Por esto es, que hay dos categorías bien distintas en las notas que vamos á someter á la sagacidad del lector; la que concierne á la situacion interior de la Rusia, y la que comprende sus alianzas en el exterior. Hablaremos primero de los órganos interiores del imperio.

Pero nos ha ocurrido un escrúpulo: nos disgustaria mucho, que se atribuyera este opúsculo á alguna de las opiniones dominantes. No tenemos simpatías declaradas, ni por lo que existe, ni por lo que deja de existir. A nombre de lo que debe acontecer segun los decretos, que jamas perecen, de la civilizacion de los pueblos, nos hemos apartado un poco de nuestras costumbres literarias, para combatir á ese gran coloso ruso, que hace demasiada sombra al horizonte. Así pues, nosotros que no pertenecemos ni á la moda de ayer ni á la de hoy; pero sí valientemente á la de mañana, replicamos al lector, separándonos de la costumbre de muchos compositores de opúsculos, de no percibir ninguna tinta semi-oficial en las expresiones de éste. Estos apuntes han sido escritos recorriendo (2), por todos lugares, debiendo es-

[2] Debemos á uno de los decanos de la diplomacia, como lo indica el título de nuestra obra, una parte de los materiales que nos han servido para su redaccion. No habiéndose, pues, reunido estas noticias con el objeto de refutar otros escritos, posteriores á la mayor parte de ellas, resulta necesariamente que este opúsculo, se ocupa mas de los hechos en sí mismos, que de la manera con que han sido presentados en libros publicados anteriormente sobre esta materia. No causará, pues, sorpresa que considerando el mismo asunto que otros autores, muy recomendables en sí mismos, nos limitemos á nuestros materiales sin entrar en discusiones, cuando menos, ociosas é inoportunas con estos escritores. Con excepcion de dos obras publicadas en Alemania, y que á

ceptuarse el gabinete de M. de Metternich, y cierto pequeño pabellón del palacio de Sans-Souci. ¿Qué podría recogerse en lugares tan elevados? Piensan ellos tan bajo, que poco pudiera adelantarse con instruirse de algunas de sus discretas palabras. Esto es todo cuando mas, cuando les ocurra pensar que desean que se les aperciba.

III.

De una preocupación vulgar sobre el poder del Czar.—Noticia necrológica de dos emperadores de Rusia, que han participado de esta preocupación.

Uno de los errores que circulan en Europa, respecto del régimen interior de la Rusia es, imaginar que el emperador es un monarca absoluto, un autócrata, que con una simple mirada recorre el imperio desde el ocaso hasta la aurora.

En esto se padece un engaño: hay dos tiranías muy bien establecidas, muy vivas, sobre el suelo moscovita, la del Czar y la de los nobles. El czar diezma á los nobles cuando puede, y cuando pueden ellos mas, lo matan. El emperador actual no evita la muerte de sus predecesores, si no es concediendo al senado y á los nobles un gran participio en el gobierno. Además, á él le falta lo que constituye á los dominadores. El carece de la retentiva de Luis XI, de la audacia de Richelieu, de la magestad de Luis XIV y del genio de Napoleón; y esto, sus nobles lo saben perfectamente.

Basta fijar los ojos en las últimas páginas de la historia de Rusia, para formarse una idea del desórden crónico con que se discute en este imperio, el derecho mal reconocido, mal definido, y mal asentado de la monarquía. La Rusia ofrece ahora mismo el mismo espectáculo que presentaba Francia en el siglo XV con el renacimiento de los monges, y además, de la esclavitud. Ella no es mas que una feudalidad. Lo que debilita al poder, lo que lo destruye, lo que impide al emperador toda tentativa de progreso, todo designio de hacer bien es, el sombrero poder de esa fracción de la nobleza rusa, que aunque restringida, forma lo que se llama el viejo partido moscovita, cuya destructora influencia señalaremos mas de una vez.

La muerte de Alejandro es un problema que nuestro modo de ver tienen cierto sentido político, no traspasaremos los límites muy estrechos de este opúsculo, y nos contentaremos con indicar los hechos á nuestro modo, dejando al lector enteramente libre para que compare nuestras aserciones, con los sistemas mas ó menos juiciosos que ya se han abierto un camino en el mundo superior de la política.

está por resolverse, ó acaso un problema ya resuelto: el quiso ser emperador.

Paulo I murió como Tiberio en Caprea; él tenía senadores y generales en las dos puntas de la maseda con que lo ahorcaron.

El fin de Pedro III se distinguió por un refinamiento bárbaro. Los pormenores son menos conocidos que los de la muerte de Paulo I. El Czar fué asesinado por los favoritos de su muger, y cayó víctima de aquellos mismos hombres que se volvían conspiradores, pasando una noche en los brazos de Catarina. Este drama nada tuvo que envidiar á los que ensangrentaron la casa de los Atridas. He aquí cómo la tradición los refiere:

Pedro se hallaba en prision, cercado por la Clytemnestra del Norte. Los Egistas se llamaban Alexis, Orlof y Teplof. Ellos fueron enviados al Czar, y lo estuvieron entreteniendo con la esperanza de su libertad. Segun la costumbre, se mezclaron con la conversacion, licores y aguardiente, y mientras que Teplof procuraba distraer al emperador con sus agudezas, Orlof mezcló el brevaque que, un médico de la corte, otro amante de Catarina, habia preparado. El Czar bebió sin desconfianza; pero al primer efecto del veneno él lo advinó todo y rehusó el segundo vaso que le ofrecia Orlof, y le reprochó su crimen. Entonces comenzó una lucha horrible: los asesinos se arrojaron sobre el emperador, quien procuró refugiarse en los brazos de un ayuda de cámara frances, cuya fidelidad le era muy conocida; pero ellos lanzaron al criado fuera de la prision. Viendo Pedro que su última hora habia llegado, se echó á los piés de sus verdugos, y exclamó: *¿No estás contento con haberme arrebatado la corona de Suecia y la de Rusia? ¿No os basta haberme envenenado? Os parece que tardais en ver mi agonía, y que yo acuso pueda no morir.* En ese instante el joven príncipe Baratinski, que estaba de guardia en la prision, ocurrió al ruido que se hacia en el calabozo; pero ya Orlof habia derribado al Czar y le oprimia el pecho con las rodillas, y mientras que con una mano le apretaba la garganta, con otra le rompía el cráneo contra la tierra. Viendo esto Baratinski tomó parte en la empresa, y ayudado de Teplof puso una servilleta con un nudo corredizo al derredor del cuello del emperador. Pedro en las convulsiones de la muerte procuró todavía defenderse y rasguñó la cara de Baratinski; mas como eran tres contra uno, pronto dieron razon de la víctima y acabaron de ahorcarla.

No será fuera de propósito referir, aunque de paso, que el príncipe Potemkin ha rechazado siempre con indignacion el rumor que entonces corrió, de haber sido él del número de los asesinos.



Alejandro I.^o
Emperador de todas las Rusias.

Catarina II hizo esponer el cuerpo de Pedro III en la iglesia de Alejandro Newski, y publicó que su esposo había muerto de un cólico violento. Esto nos hace recordar que Constantino, hermano del emperador actual, ha muerto igualmente de un ataque de cólera.

Durante tres días, el cuerpo del Czar asesinado permaneció sobre el catafalco. Por una burla sangrienta se le había revestido con un uniforme prusiano. Todo el mundo pudo acercarse, según costumbre, á imprimir un beso en la boca del muerto. Los que tuvieron este valor volvían con los labios inflamados. La sangre de la víctima estravasada sobre la epidermis y quemada por el veneno, saltaba por medio de los poros y aun pasaba los guantes que se le habían puesto en las manos. Esto era horrible hasta el delirio.

Es curioso recorrer una carta que Federico II escribía, sobre esta catástrofe, al conde Pinkstein, uno de sus favoritos. Se sabe además que el rey de Prusia había dado diferentes avisos á Pedro III de los complots que se tramaban contra su vida.

“El emperador de Rusia,” escribía él, “ha sido destronado por Catarina, como ya se esperaba. Esta princesa tiene mucho talento, y las mismas inclinaciones que la misma difunta emperatriz Isabel: ella no tiene ninguna religión; pero se finge la devota. Esto es en todo y por todo un segundo volumen de Zenon, emperador griego, de su esposa Adriana, y de Catarina de Médicis. El pobre emperador quiso imitar á Pedro I, distante tanto de poseer su genio.”

El asesinato de Pedro, como lo hemos dicho, es menos conocido en sus pormenores que el de Paulo I, abogado con su propia corbata, en su mismo palacio y por sus mismos familiares. En cuanto á la muerte de Alejandro, cuyo cuerpo fue espuesto públicamente, lo mismo que el de Pedro, aun no se ha levantado el velo con que algunos escritores han pretendido cubrir su fallecimiento. Diremos, sin embargo, que dos personas que en aquel tiempo habitaban la Rusia, la una con una misión diplomática y la otra con una alta posición militar, nos han afirmado positivamente que ningún indicio y ninguna prueba podían suministrarse en apoyo de los misterios con que se rodeaba el fin de Alejandro.

Pero la ausencia de toda prueba del crimen no prueba la ausencia del crimen mismo, especialmente en Rusia. Mr. Dupré de San Mauro, que ha escrito la *Eremita en Rusia*, se deja engañar de ese silencio que se fija siempre sobre el sepulcro de los Czars. Es muy singular que intente hasta justificar á Catarina II del asesinato de Pedro III, diciendo: “En cuanto á mí, que puedo certificar en los mismos lugares en donde pasaron los acontecimientos, no he encontra-

do la acusación en ninguna boca y en ningún recuerdo. Mr. de Segur, agrega él, acaba de declarar en sus Memorias que Federico le respondió cuando este emperador le manifestaba sentimiento sobre la inauguración trágica del reinado de Catarina: ¡Ah! sobre este punto le sé hacer justicia, aunque sobre otros muchos hemos estado discordes. En esta materia se ha incurrido en error. No se puede imputar á la emperatriz ni el honor ni el crimen de esta revolución; ella era joven, estaba aislada, llena de cuidados, y en vísperas de ser repudiada. Los Orlofs lo han hecho todo; la princesa Dashkoff ha sido la mosca vanidosa del coche; Rulhier se ha engañado.”

Esto es todo lo que alega Mr. Dupré de San Mauro. Pero esta conversación de Federico II con un embajador que anula virtualmente las cartas de este rey insertas en su correspondencia, no prueba absolutamente mas que una cosa, á saber: que la sangre que corre de los troncos se borra prontamente, y que en ciertas cortes no hay ojos para ver la mano que la derrama, ni oídos para escuchar los gritos de la víctima, ni boca para acusar al asesino. ¿Qué se inferirá entonces acerca de la muerte de Alejandro?

El mejor partido que hay que seguir es, el de imitar el silencio de su fiel nobleza.

Sin embargo de todo esto, nosotros consagraremos á los últimos días de este emperador, algunas líneas que podrán servir para la historia de las luchas, siempre pendientes entre el trono y la feudalidad moscovitas.

IV.

Historia instructiva de la agonía de Alejandro.—Su muerte en Taganrog.—De una flor marchitada por el destino sobre su sepulcro.

En los últimos tiempos de su vida el emperador Alejandro se había vuelto triste, melancólico é hipocondríaco. Se le creía disgustado de la vida y de sus grandezas. Este es un hecho digno de notarse. La pérdida de dos de sus amigos íntimos, el conde Schouvaloff y el general Ouaroff, inclinaron sus ideas hacia el misticismo de Madama de Krüdner. Era un espectáculo singular el de ese hombre, que saciado de todas las pompas materiales y del absolutismo mundano, cuyo cetro él llevaba, no aspirar á mas que á las cadenas de un espiritualismo mezquino y limitado á una estravagante esclavitud, que él consideraba como una nueva salvación. ¿Qué pasaría en los últimos días en esa cabeza imperial, que portaba la doble corona política y religiosa del reino mayor de la tierra? ¿Tuvo miedo de su poder ese Czar que había creído degollar á la revolución francesa; ó le enfadaron esas legiones tártaras, cuyos caballos vinieron á beber en las aguas del Sena, y que devoraron

dentro de Paris los primeros pimpollos de los álces!

Sea de esto lo que fuere, al subir Alejandro sobre el trono, sintió que su pie resbalaba en la sangre de su padre, y su ánimo estuvo desde entonces espantado con visiones funébreas que se ensombrecieron con la edad. El recuerdo de aquella horrible noche no lo abandonó jamás. Revestido del poder por los asesinos mismos de Paulo I, se vió obligado á aceptar, como una odiosa herencia, todas las consecuencias del crimen. Creatura de los nobles que habían matado á su padre, en vano soñó libertarse de su sangriento patronato. Su primer suplicio fué tener que absolver á los asesinos. Así fué preciso. A la primera señal de horror que Alejandro hubiera dado, Zouboff, Pahlen y Bennigsen (*) hubieran vuelto á comenzar la fiesta. Lo mas que hicieron fué someterse sin murmuración al coto de destierro que se les impuso. Como la nobleza triunfó, debió estar muy contenta de su emperador. Ella no vió en él mas que un instrumento fácil, un autómatas coronado, cuyos hilos ella manejaba y se inquietaba poco del sentimiento de prescripción que emponzoñaba los días de Alejandro.

Sin embargo, despues de la guerra de 1814 y de 1815, y en medio de todo el prestigio de la victoria, él tuvo una como revelación repentina de su misión. El ensayó el ver cara á cara y con ojo de señor, á esos insolentes feudatarios. El había llevado de Francia ideas nuevas, pretendía endulzar las costumbres de la tosca Rusia, hacer entrar el siglo XIX en el seno de esa edad media, centralizar el poder, dar libertad gradualmente á los esclavos. La oposición de los Boyardos y del antiguo partido moscovita tomó todas las formas, usó todos los recursos y se atrevió á todo. Unas veces obraba abierta y fieramente en campaña; en otras sordamente y formando conjuraciones; ella fomentó trastornos, estableció emboscadas y tramó conspiraciones, cuyos sacudimientos llegaron hasta el emperador mismo. Lo que convenia entonces era romper con esa amenaza arrogante, que iba á convertirse en violencia. La naturaleza débil é irresoluta del monarca, su ánimo escarcebado por la exaltación mística, le pintaron con sombríos y horribles colores el término de esa lucha encarnizada: tropezó con el mismo camino que se había abierto, y no tuvo valor de dar un paso mas; sus ilusiones lo abandonaron completamente. Triste, abatido, desencantado, su genio tomó un carácter de enfado y de ironía. Una melancolía profunda, activada por el agotamiento de los placeres, un disgusto casi justificado del género

(*) Nosotros hemos visto en los últimos tiempos de su vida á ese viejo ciego, que habitaba una posesión en las inmediaciones de Hannover.

humano, una sordera creciente y sin remedio, todo vino á ser para Alejandro una nueva materia de abatimiento y de enfado. Ya no fué mas el emperador cortésano y galante de 1815, el amable tertuliano de los salones de Madama Recamier, el caballero casi frances de la mas graciosa de las francesas. Su alma retirada en los sombríos pliegues de una imaginación enfermiza, alió muy pronto, por una amalgama estravagante, la duda desesperada de toda cosa con ideas supersticiosas y funestas. La inundación de San Petersburgo, en 1824, lo llenó de tristes presentimientos. Ya no cesó de creerse rodeado de ingratos, de enemigos y de asesinos. Su inteligencia se alteró visiblemente, la descomposición moral de esa naturaleza herida, hizo rápidos progresos, y en menos de un año el Czar estaba á las puertas del sepulcro. En el mes de Diciembre de 1825, en medio de los jardines embalsamados de Taganrog, bajo el cielo templado de la Rusia meridional, cesó el Alejandro el último suspiro. El murió de una enfermedad de alma que acabó por participar al cuerpo de sus estragos; no puede al menos explicarse de otra manera ese fin precipitado que no tuvo causas físicas conocidas. Puede decirse de la vida de este principe, que había empleado la mitad de ella en amar mucho, y la otra mitad en dejar de amar.

Casi en el mismo momento, y como si hubiera sido herido del mismo golpe, cayó la sola flor que había permanecido en pie sobre las ruinas amontonadas al derredor de Alejandro. Isabel murió luego que hubo sepultado á su imperial esposo, última y santa misión que debía desempeñar sobre la tierra esa criatura devota y sublime. Por lo que toca á su existencia, ella no había sido mas que una prolongada renuncia de todas las satisfacciones del mundo. Desdenada por el Czar á quien ella amaba, dominada por el orgullo intratable y ambicioso de la emperatriz madre, ella bebió la copa entera de la amargura, sin lanzar una sola queja, sin acusar ni murmurar á nadie. Sola y abandonada en esa soledad inmensa de las grandezas del trono, ella no cedió otra diadema que la corona del martirio. Ella poseía uno de esos corazones de mujer, infinitos en su misericordia é inagotables en su amor. Ella sabía cómo se consolaba á otros, y no hallaba quien la consolara á ella. Ella fué el ángel de guarda de la Rusia.

Isabel, sin ser hermosa, poseía el encanto misterioso de las bellas almas que atrae dulcemente, y que acaba por deslumbrar. Ella poseía una gracia serena y casta, una sonrisa á la cual convenían las lágrimas, así como el rocío del cielo á la rosa blanca de los sepulcros; ella era el genio del dolor, pero del dolor cristiano, siempre dulce y

resignado. Cuando hacía el fin de su reinado abrumado Alejandro por tantos engaños y despertado de un largo sueño de encantos y placeres, se convirtió hacia su esposa, organización divina que el mal no había marchitado, se sintió un gran júbilo en todo el imperio. Se saludó esta reconciliación como un feliz presagio. Mas ya era tarde. En el corazón de Alejandro no habían quedado mas que cenizas frías que el viento de la muerte debía muy pronto disipar. La lámpara se extinguió después de este último reflejo.

V.

Manifiesto del 23 de Agosto de 1823.—Retratos de dos grandes duques.—La princesa Helena y la princesa de Lovitz.—Nicolas I.—Una página del almanaque de Gotha.—Sedición de 1825.—Los conjurados.—La noche sangrienta.—Torpezas del Czar y del verdugo.—Palabras de un atorcado.—El príncipe Trubitzkoi.—Situación de los partidos después de la victoria.—Moscou.

No nos hemos ocupado con algunos pormenores del fin de Pedro III, y de la declinación de Alejandro, uno para arrojar una luz mas viva sobre una verdad, tema eterno de todo el que pretenda trazar una fiel imagen de los misterios de la política interior sobre las orillas del Neva.

El Czar no puede resistir á la nobleza si no logra venerarla desde el primer golpe, y esto bajo la pena de ser vencido el mismo, ó de acabar trágicamente como Pedro, ó lentamente como Alejandro.

Vamos á ver por los acontecimientos que siguieron á la muerte del emperador, que esta verdad es mucho mas que una proposición política; ella es un axioma.

Alejandro, teniendo el carácter violento y desarreglado de Constantino su hermano, y queriendo continuar aun mas allá del sepulcro, su antigua lucha contra el partido moscovita, lo separó de los negocios, cambiando el orden de sucesión al trono. Constantino era el mayor. Le hizo suscribir una renuncia del cetro en favor del gran duque Nicolas, en virtud de la cual pudo casarse morgánicamente con la princesa Lovitz, jóven y hermosa, muger de mucho talento, de infinita astucia, que logró dominar á ese moscovita feroz, á ese leon sin freno, á ese soldado de fierro que se llamaba Constantino. Diré algunas palabras sobre este príncipe y sobre el gran duque Miguel, antes de hablar de Nicolas.

Colérico, sanguíneo, vengativo y generoso á la vez, castigador y perdonador por capricho, pronto, contenido, fantástico, humano hasta la debilidad, irritable hasta el frenesí, ávido de

sensaciones violentas, voluptuoso hasta el delirio, brutal hasta en sus ternezas, tal era el gran duque. Antes de su matrimonio, él rompía los vidrios, golpeaba á sus cortesanos y se revolcaba en las embriagueces mas salvajes. El furor era su elemento. Sufria contracciones, no de nervios sino de músculos, que lo inclinaban á la destrucción. Era hermoso de cuerpo, atlético en sus formas y feo de semblante. Era un conjunto incorrecto, una amalgama antilógica, una fusion chocante de vicios y de las cualidades contrarias. Siendo emperador, una crispatura hubiera bastado para que hiciera polvo el trono de los Czars bajo sus puños de fierro.

Miguel, que vive todavia, era el hermano menor de Constantino, y nunca fué mas que el diminutivo. No poseía ni la energía del mal, ni el exceso de bien que distinguía al Czarewitsch, menos instruido que aquel que conocía varias lenguas y habia hecho estudios sólidos; ménos violento, pero mas arisco, estuvo tan distante de la escentricidad de Constantino, como del porte sereno y siempre estudiado de Nicolas; él era una mediocridad por los vicios, una nulidad por las virtudes; así que, se veía á Constantino someterse bajo la mano blanca y delicada de una muger, mientras que Miguel, esposo de la hermosa princesa Helena de Wurtemberg, la hija del príncipe Paulo, obligó á su muger á viajar en países extranjeros y á suscribirse de ciertas escenas interiores, que si son verdaderas, toda la culpa está de parte del duque. Personas que han vivido en la intimidad de la corte de Rusia, refieren sobre este asunto anécdotas numerosas y picautes que el tono de este opúsculo no nos permite repetir. Además, el gran duque Miguel carece de todo talento administrativo ó militar. El no ha mandado ni en la guerra de Turquía ni en la de Polonia, y en materia de gobierno, no se ocupa mas que de futelezas sin consecuencia, como del corte de los uniformes, del color del forro, del peso de una agugeta ó de los preparativos de una parada. Ciertamente es que el emperador actual gusta igualmente de estas pequeñeces: se ocupa de mejor voluntad de la forma de una polaina, que de la parte seria de las cuestiones militares. Mas procedamos por orden, y antes de pintar al hombre, presentemos al Czar á nuestros lectores, y véamosle tomar posesion del cetro en medio del sangriento motin de 1825.

El emperador Nicolas I (Paulowitsch, hijo del emperador Paulo I) nació el 25 de Junio de 1796, y consiguientemente está cerca de los 48 años de edad.

Habiendo subido al trono en 1825, en virtud del manifiesto de 23 de Agosto de 1823, se coronó el 3 de Diciembre de 1826 en Moscou, y hasta el 24 de Mayo de 1829 en Varsovia. Se

casó el 13 de Julio de 1807 con la princesa Federica Luisa Carlota, hija mayor del difunto rey de Prusia, Federico Guillermo III, y es hermana del rey actual. Lleva como emperatriz el nombre de Alejandra Teodorowna, y tambien como emperatriz abrazó la religion griega al subir al trono.

De este matrimonio han nacido siete hijos, el uno de ellos Alejandro Nicolaewitsch, tendrá 29 años el 29 de Agosto prócsimo; se casó en 1841 con la princesa María, hija de Luis II, gran duque reinante de Hesse Darmstadt; era gran duquesa bautizada con el nombre de Alejandra ha nacido de este matrimonio, el 30 de Agosto de 1841.

La hija mayor del emperador Nicolas, la gran duquesa María, se ha casado el 14 de Julio de 1829 con el duque Macsimiliano de Leuchtemberg, príncipe de Eichstardt. La segunda hija del Czar tiene el nombre de Olga Nicolaewna; y la tercera el de Alejandra Nicolaewna, que acaba de casarse en el mes de Enero último, con el príncipe Federico Hesse. De los tres hijos mas jóvenes del emperador, el gran duque Constantino cuenta 17 años largos, Nicolas 13, y el último, el gran duque Miguel, 12.

Una hermana del emperador está casada con el gran duque reinante de Sajonia, Weimar; otra con el rey de los Países Bajos, Guillermo II. El gran duque Miguel, del cual se ha hecho mencion arriba, es el único hermano del emperador que vive. Sabido es que Constantino murió casi de repente en tiempo del cólera. Los príncipes mueren como él en Rusia, casi siempre de repente.

Ya es tiempo de que tratemos de los acontecimientos que señalaron la subida de Nicolas al trono de las Rusias.

Fué un espectáculo verdaderamente singular la mezcla de elementos contrarios de que se formó la sedición que inauguró el reinado de Nicolas. Podia haberse dicho que toda la feudalidad de Rusia tenia representantes armados en el interior, y que cada conjurado llevaba las banderas de la region de ideas que tenia mision de defender. Aquí el viejo partido moscovita, con sus preocupaciones, sus obstinaciones y sus odios inestinguibles; allí el jóven liberalismo que llegaba de las orillas apenas vistas del Sena; mas allá moderadores espíritus frios y prudentes que querian transigir, pero que retenian en la via de perdicion á los escaldados de partido, que componian una secta de ardientes fanáticos, de entusiastas sinceros y de mártires ofrecidos á la derrota.

Los unos querian por emperador al gran duque Constantino, contando con este Alcides de bronce para robustecer las viejas ideas moscovitas. Otros nutrian proyectos diametralmente

contrarios. Unos se inclinaban á una federacion que tuviera por base una aristocracia soberana, á modo de la de Génova y de Venecia; mas reformada conforme á las ideas mas modernas del liberalismo frances. Otros pretendian nada menos que exterminar toda la casa de Romanoff, considerando á la familia reinante de Rusia como menos noble que tantas otras familias antiguas de la Moscovia. Porque es preciso no engañarse: una gran parte de esa vieja y poderosa nobleza, no reconoce los derechos al trono de la casa reinante, venida, como es sabido, de Alemania, y procedente de los Holstein-Gottor. Ellos citan al lado de ella varios nombres aborigenes, mas dignos, segun ellos, de suceder á la vieja raza de los Rurics y de los Romanzows. El coronel Mouravief, otro conspirador, se inclinaba al establecimiento de una república esclavona; pero los soldados de su regimiento no lo entendieron; ellos querian una república, mas no sin emperador. Era fuerza que lo hubiera, y su inteligencia no les permitia alcanzar mas.

En fin, una gran parte de los conjurados queria la antigua constitucion rusa, abolida por Pedro I, con la condicion sin embargo, de adaptarla á las nuevas necesidades del imperio. Ciertamente es que Pedro el Grande cerenó varios derechos de su nobleza en beneficio de la autocracia imperial. Un folleto recientemente publicado en París por el príncipe ruso Dolgoroukhi, ha revelado el sordo resentimiento que ha conservado la feudalidad moscovita. Por anodino que sea este manifiesto, en él se reclaman sin embargo ciertos derechos constitucionales, basados sobre los antiguos estatutos del imperio. Señalamos esta ocurrencia, como de paso, por lo que pueda servir para formar un juicio exacto sobre los partidos que dividen á la Rusia. Los constitucionales cuentan no solamente con nobles en sus filas, sino tambien con militares, con comerciantes y artistas. Este partido es acaso de todos los moscovitas, él que cuenta con mas probabilidades para lo futuro y que amenaza mas de cerca los privilegios del trono.

A esta miscelánea heterogénea y estraña, á este mosaico de constitucionales descontentos, de ambiciosos y de entusiastas ardientes, se unian como instrumentos ciegos, regimientos de soldados borrachos, masas brutales escitadas por los lieores fuertes, que recorrian las plazas de San Petersburgo, gritando á la vez: *viva Constantino, viva la Constitucion!* Es una ocurrencia muy curiosa y digna de consignarse, que estos pretorjanos embriaguados por los vapores de la embriaguez, se figuraban que la *Constitucion* era sinónimo de la muger de Constantino.

Desgraciadamente los conjurados perdieron el tiempo en esta prolonga de su drama. Eran